

# Carta de un Ciudadano a los Políticos

Por Julio Brea Franco

Señores Políticos:

Quien se ha permitido escribirle en esta ocasión no es el articulista ocasional que semana tras semana, y desde las columnas de este mismo vespertino, pone en circulación modestas y humildes ideas y opiniones sobre variados aspectos de nuestro vivir nacional. Ideas y opiniones éstas vertidas sin intenciones de "pontificar" ni de ofrecer iluminadas recetas y remedios infalibles para algunos de nuestros males.

Por el contrario, quien les escribe no es más que un ciudadano común, que como muchos otros, está desprovisto de carnet de filiación partidista y que no exhibe tarjetas de presentación de ninguno de ustedes, que como bien saben, a veces resultan ser eficaces para resolver problemas e incidentes mayúsculos o minúsculos dependiendo del grado de influencia del otorgante.

Es tan solo un ciudadano más que desde las gradas contempla sus comportamientos y escucha con atención las entrevistas que les formulan, sus diatribas y polémicas, sus alocuciones y comunicados. Porque como comprenderán, ustedes despliegan actividades orientadas a influir en nuestro destino nacional y nosotros, como ciudadanos comunes, también estamos a bordo de la nave y como buenos pasajeros debemos estar al tanto del rumbo por el que se nos quiere conducir. No se trata de coger el capitán y desentenderse. Muy por el contrario.

Quizá no es una novedad para ustedes saber que en esta hora aciaga que estamos viviendo, producto del azaroso paso del furioso accidente atmosférico que surcó nuestro cuerpo geográfico sumiéndonos en un estado de verdadera calamidad pública, que son muchos los hombres y mujeres bien intencionados que, observándolos, hoy manifiestan una honda preocupación. Sí, preocupación y desilusión por verlos pendientes, desenfrenadamente pendientes, de sus personales ambiciones y sueños de poder, dando cruelmente la espalda y actuando inconsecuentemente a como reclama el grave presente nacional.

En la actualidad estamos asistiendo gratuitamente a un penoso y lastimero espectáculo político. Un espectáculo cuyo libreto presenta los papeles protagónicos de un gobierno que rechaza al partido que lo prohió y de un partido que declara la guerra, una peligrosa guerra, a ese criatura suya que ofreció en una ruidosa campaña electoral y por el que muchos, en un verano caluroso, lucharon y se mortificaron para que no se le impidiera tomar las riendas del gobierno nacional.

Este problema del "desganche" entre el partido y el gobierno no sólo es penoso; es también peligroso. Lo es porque esta rotura puede producir una notable reducción de la base política que sustenta al gobierno, exponiéndolo, con su inexperiencia, a convertirse en incompetente para resolver los tantos problemas económicos y sociales que nos plantea una situación tan difícil como la presente.

Y un gobierno endeble, sin el

necesario apoyo popular para contrarrestar los reveses, puede con el tiempo convertirse en una no desdeñable invitación, a que algunos, los de siempre, se decidan a vivir la aventura de interrumpir un proceso que debe concluir cuando está previsto y no abruptamente. Esta es una preocupación que se puede recoger con facilidad en todos los ambientes.

Saben ustedes mejor que nadie que en política cuenta mucho la imagen. Y la que se está proyectando en la actualidad es la de una ausencia de verdadero liderazgo. Un liderazgo que no lo detenta, aunque se quiera decir lo contrario, ni el gobierno ni ninguna de las "partes" del partido. Las luchas, las luchas sórdidas, lo que están contribuyendo es a que el endeble edificio se desplome con mayor celeridad y prontitud.

Si bien no es más que un sueño pretender que exista armonía entre ustedes, puesto que la política es polémica y contradicción, no es menos cierto que estos no son los momentos más oportunos para avivar un conflicto que estaba ya planteado incluso desde mucho antes que algunos de ustedes se convirtieran en gobierno y en partido oficial, luego de echar a otros, con la anuencia de la mayoría de los dominicanos, que también sus pecados cometieron. No son estos los momentos para aprovechar y pretender ganar fuerza de la materialización de ambiciones de poder ni de permanencia en él. Porque la parte de ustedes que milita en ese partido y que forma parte de ese gobierno están indisolublemente ligados: si el barco se hunde zozobrarán tanto el gobierno como el partido. Y ésta no es más que una impresión generalizada. Porque resultará difícil dejar de creer que en otra oportunidad no se volverá a repetir lo sucedido en el 1963 y lo que está sucediendo en el 1979.

Y si estos son los que están en el partido y en el gobierno, los que pertenecen a otros predios se están frotando las manos ante esta coyuntura: podrán ser pescadores en río revuelto. Eso piensan.

Se puede captar con mucha facilidad la evidencia de que algunos de ustedes están desesperados, desesperados por llegar cuanto antes. Y como ustedes mismos a veces dicen, sin poner en práctica esa enseñanza, en política hay que saber esperar. Pero el mal no solo está en esto, es que los desesperados solo ofrecen al país sus apetencias, sus deseos fervientes de ser Presidentes sin demostrar ni ofrecer programas realistas que puedan conducirnos por senderos

que permitan aliviar los grandes lastres del subdesarrollo. Y la gente, mucha gente, se da cuenta de esto, y por ello es posible de que no se logre tener vigencia.

Un hombre desesperado actúa mal. De otro modo no puede ser. Y es precisamente aquí en donde radican sus grandes debilidades. Trabajar esperando de inmediato los resultados para propagarlo a todos los vientos como iniciativas propias, así no se construye liderazgo. Es que el liderazgo no se compra. Por el contrario: se construye lentamente, realizando, haciendo cosas. El líder verdadero trabaja con entrega y con pasión y solo así se va tornando en hombre confiable para dirigir en los momentos normales y en los difíciles.

Un liderazgo no se obtiene porque áulicos susurren al odio frases para aquilatar deseos de mantenerse ejerciendo el poder apoyándose en sectores muy circunstanciales. Lo importante, lo verdaderamente importante no es llegar al poder, es hacer cosas de carácter permanente desde el poder. Es solo a través de ello como se va esculpiendo, en el bronce eterno, la figura del estadista.

Preguntamos: ¿Quién de ustedes verdaderamente identificado con el interés nacional formuló invitaciones para que juntos difirieran conflictos y así trabajar por el bien nacional?

¿Quién de ustedes publicó comunicados invitando a los dominicanos a que unidos firmáramos una tregua y sobre esa base trabajar con autenticidad en la reconstrucción? Esto no lo hemos visto ni del gobierno ni de ninguno de los aspirantes pertenecientes al partido. Y, sin embargo, ese llamado a la concordia, esa tregua momentánea muchos ciudadanos hubiesen querido verla. En cambio, provinieron de banqueros, cuya propuesta ustedes ni caso le hicieron.

Lo que sucedió fue otra cosa: quisieron algunos capitalizar políticamente la tragedia, y por su magnitud y carencias, su acción se ha convertido en ineficaz e incoherente. Quisieron otros aprovechar la oportunidad para fortalecer posiciones e inflingir golpes al "enemigo". Por querer copar el gran vacío de liderazgo por medios equivocados, lo que se está haciendo es ahondarlo más.

Pero, señores políticos, sepan ustedes que en definitiva son los pueblos los que deciden. Y será el nuestro quien alumbrará, cuando llegue el momento, el grupo de hombres que lo conducirá en concordancia con la marcha inexorable de la historia. Perdonen ustedes nuestra desbordada franqueza.

